

HIPERPOLÍGLOTAS

Gente que habla hasta 72 idiomas

<http://elcastellano.org/noticia.php?id=1983>

En el siglo XIX el cardenal italiano Giuseppe Mezzofanti tenía fama de ser el hombre que más idiomas hablaba en el mundo. Algunos dicen que sabía 72 y otros, 39. Sea cual sea el número, hay testimonios que dan cuenta de su extraordinario talento. En una ocasión el papa Gregorio XVI lo sorprendió con una docena de seminaristas de diferentes países de visita en Bolonia a quienes Mezzofanti guiaba en sus idiomas maternos. El poeta inglés Lord Byron también lo puso a prueba, pero al final tuvo que admitir que era imposible superarlo: «Es un monstruo del lenguaje que debió haber sido el intérprete universal de la torre de Babel», escribió en su diario.

Convencido de que todavía hay personas con la misma habilidad del cardenal, el periodista estadounidense Michael Erard emprendió la difícil tarea de dar con su paradero. Para ello se valió de foros en internet y de archivos de la Dirección General de Traducción, con sede en Bruselas. El resultado de su búsqueda es *Babel No More*, un libro que reúne las historias de los mayores prodigios del lenguaje y de paso intenta resolver la pregunta de si un hiperpolíglota (es decir, alguien que conoce más de once idiomas) nace con el don o se hace con la práctica.

Uno de los casos más fascinantes es el de Alexander Arguelles, un profesor de 47 años que dedica nueve horas diarias (antes de casarse y tener hijos dedicaba 14) a estudiar alemán, mandarín, árabe, latín, ruso, persa, sánscrito, checo, catalán, islandés, swahili... Su método es aparentemente fácil: todas las mañanas

sale a correr cerca a su casa en Berkeley, California, mientras escucha audiolibros de un idioma en particular en su reproductor de mp3. El secreto consiste en imitar una y otra vez las palabras aunque no entienda su significado. Aunque a simple vista es una técnica sin sentido, Arguelles sostiene que es la mejor manera de familiarizarse con los sonidos de una lengua y, sobre todo, de dejar la vergüenza a un lado. Claro que su éxito también depende de su disciplina para hacer ejercicios de gramática y lecturas en horarios estrictos; es tal su obsesión que renunció a su empleo para entregarse exclusivamente al tema.

En cambio, el lingüista Kenneth Hale, fallecido en 2001, parecía tener una disposición innata. Aunque Erard no alcanzó a conocerlo, sus amigos cercanos le aseguraron que podía hablar más de cincuenta dialectos de grupos indígenas desaparecidos o en vías de extinción. Alrededor de su nombre se han tejido todo tipo de leyendas, incluida una según la cual aprendió finés durante un vuelo que cubría la ruta Boston-Helsinki. Otra figura mítica es la del diplomático alemán Emil Krebs, quien supuestamente dominaba 68 idiomas (se dice que tardó apenas nueve semanas en memorizar las reglas básicas del armenio) y podía traducir más de cien. Casi ochenta años después de su muerte, en la Universidad de Düsseldorf su cerebro sigue siendo objeto de análisis científico.

Pero más allá de la evidencia fisiológica, uno de los principales inconvenientes a la hora de hallar a los superpolíglotas es determinar el grado de destreza que requieren para dominar una lengua. «Una cosa es hablar un idioma y otra muy distinta es charlar», explicó Erard a SEMANA. El liberiano Ziad Fazah, por ejemplo, ostentaba el título de la persona que más idiomas hablaba en el mundo, según el libro Guinness World Records, pero en 1998 pasó un momento tremendo en un programa de televisión

porque en una conversación informal no pudo contestar una pregunta sencilla («¿qué día es hoy?») en ruso, mandarín y griego. Puede que en ese momento los nervios lo hayan traicionado o que simplemente fuera un farsante en busca de popularidad.

En su época, muchos trataron de demostrar que Mezzofanti hacía trampa, pero él siempre sostuvo que su talento tenía origen divino: «Dios me dio este peculiar poder. Solo sé que cuando escucho una palabra en un idioma diferente jamás la olvido». Sin embargo, Erard descubrió en los archivos del cardenal tarjetas para memorizar vocabulario. Eso probaría que si bien los protagonistas de Babel No More tienen un talento especial, eso no significa necesariamente que sean unos genios. Al fin y al cabo, como sugiere el autor, «no todos tenemos un cerebro hiperpolíglota, pero podemos imitar algunos de los principios que estas personas utilizan para aprender».